Crematorio

Nadie vive para sí mismo, nadie muere para sí mismo.

San Pablo, Epístola a los romanos

… des hommes qui portent le mot guignon *écrit en caractères mysterieux dans les plis sinueux de leur front. L'Ange aveugle de l'expiation s'est emparé d'eux et les fouette à tour de bras pour l'édification des autres.*

Baudelaire, *Edgar Poe, sa vie et ses oeuvres*

* Para Valls (2011: 483), la primera cita (Rom.14:7) resume «el exacerbado individualismo posmoderno»; según Díaz Ventas (2020: 96), constata el fiasco y ocaso de la generación de Rafael Chirbes, que con el paso del tiempo renunció a las proclamas fraternas y solidarias de su juventud. Una traducción aproximada sería: '[En la historia de la literatura hay destinos análogos, verdaderas condenas,] hombres que llevan escrito en la cara la palabra malaventura. El ángel ciego de la expiación se ha apoderado de ellos y los azota implacablemente para ejemplo edificante de los otros' (entre corchetes traduzco la parte inicial de la secuencia, suprimida por el novelista). Baudelaire, uno de los poetas predilectos de Chirbes, publicó el ensayo dedicado a Poe en la *Revue de Paris* en 1852, que nuestro autor leería en el ejemplar de las *Oeuvres complètes* (Éditions Robert Laffont) conservado en su Fundación, donde pueden rastrearse otras obras citadas por Chirbes (más detalles en Llamas, 2020a).

Estás tendido sobre una sábana, sobre una lámina de metal, o sobre un mármol. Te estoy viendo. Vuelvo a verte. Me he olvidado de ti mientras he estado charlando con el ruso en la cafetería, observando por detrás de la cristalera a los turistas que, a primera hora de la mañana, ocupan las sillas de la terraza y a los que, unos metros más allá, se tienden sobre la arena o chapotean en el agua. Él se ha tomado un par de whiskies. Yo me he pedido un té con hielo. No quiero beber tan temprano. Pero he mirado con ansiedad los dos vasos que el camarero le ha puesto delante. Si no hubiera sido porque estaba con él, de haber venido solo, me habría encontrado a gusto en el amplio salón aún vacío (allí dentro estábamos los dos solos), mirando el mar, verdoso en la orilla y de un intenso cobalto en la franja que precede al horizonte, por la que ya se mueven las lanchas, los barcos de vela, los catamaranes. Traian, el ruso, se ha tomado los dos whiskies de dos tragos. Primero un vaso, luego el segundo, sin dejar apenas tiempo entre un gesto y otro del brazo. Al poner en marcha el coche, he echado una mirada a la cafetería, pensando que podía regresar, y quedarme bajo el chorro de aire acondicionado, leyendo el periódico y mirando el mar, ahora sí, a solas, con un vaso de whisky con hielo entre las manos. Te veo tumbado en algún sitio. No sé dónde. Pero allí, sobre la plancha de metal, sobre la sábana, sobre una fría losa de mármol, bajo el chorro del aire acondicionado. La verdad es que no me gusta verte así. Con el motor ya en marcha, pulso con el dedo índice el botón que, junto al volante, acciona la radio. El ruido de la radio, el del motor, te alejan, me dejan solo, pendiente de los movimientos de mis manos, que ahora cogen el volante; del movimiento de mi pie derecho, con el que aprieto el acelerador del vehículo. Las ruedas del coche hacen crujir la capa de arena que cubre el asfalto en este tramo de la calle cercano a la playa. La arena cubre también las aceras bordeadas por vallas y celosías de las que brota una frondosa vegetación: por detrás de la ventanilla pasan lentamente hibiscos, adelfas, buganvillas, verdes cerramientos de tuya, alineaciones de cipreses. Las bolsas de basura son de color negro, rosa o azul; cuelgan en las verjas de los apartamentos, se amontonan junto a los contenedores,

y parece como si fueran también ellas floraciones. Impregnan con sus pesadas emanaciones el mustio aire yodado que exhala el mar[1]. El coche avanza lentamente, mientras yo me olvido de ti, Matías. Dejo de verte. Hace mucho calor, a pesar de lo temprano de la hora. Pulso el botón que cierra las ventanillas y me aíslo en el interior del vehículo. Me quedo a solas conmigo mismo[2]. Son las diez y cinco de la mañana, y los numeritos iluminados en verde de la pantalla del salpicadero marcan ya treinta y cuatro grados. Después de varios días en los que las nieblas matutinas han impuesto índices elevados de humedad ambiental, propiciando un pegajoso ambiente de bochorno —eso que los franceses llaman *marais thermique*[3]—, el martes por la tarde se levantó un desapacible viento de poniente que secó la atmósfera, haciendo subir el mercurio de los termómetros tres o cuatro grados aún más, y trayendo una sequedad asfixiante. Cuando llega la tarde, arrecia ese viento ardiente. Las ramas de los arbustos se mueven empujadas por las llamaradas de un horno que abre sus puertas por detrás de las montañas y cuyo resplandor se adivina cada crepúsculo. Del calor habla en estos momentos la emisora local; de ciclos de valores térmicos establecidos por la estación meteorológica de Misent, según los cuales hay que remontarse a los años cincuenta para encontrar una sucesión de días con temperaturas tan elevadas. Se trata de la segunda ola de calor del verano. La primera (no una ola de calor, más bien un episodio, dijeron en su día las autoridades) se produjo a finales de junio: los termómetros subieron de improviso alcanzando máximas por encima de los treinta y seis grados durante ocho o nueve días, con una humedad ambiental que superaba el ochenta por ciento, para luego caer en picado durante un par de semanas. Parece que el episodio se repite, incluso con más virulencia. Según dice la radio, se espera que en algunos lugares del interior de la

[1] Se sugiere la degradación del paisaje de Misent, localidad asimilable a Denia, aunque muy parecida a cualquier otra del litoral valenciano, que Rubén Bertomeu ha contribuido a deteriorar con sus promociones urbanísticas, tal como explica Vidal Pérez (2018, 2019 y 2022). De acuerdo con Abadía González (2021: 201), las descripciones en clave realista de *Crematorio* «alternan con otras más expresionistas y con fuerte componente simbólico, con el objetivo de dar cuenta de la violencia ejercida contra la naturaleza».

[2] El aislamiento de los personajes de *Crematorio,* en este caso el de Rubén Bertomeu dentro de su coche, ilustra la desolación emocional de todos ellos (otros detalles en López Bernasocchi y López de Abiada, 2011: 341; el primer apellido de los estudiosos se abrevia con L. en lo sucesivo).

[3] *marais thermique:* expresión muy inusual en francés; la esperable sería *marais barométrique*, un fenómeno meteorológico asociado a altas temperaturas y neblina tóxica (agradezco estas precisiones a Marina Lesouef).

comarca se superen los cuarenta grados, y ningún signo en las imágenes que envían los satélites anuncia cambios apreciables. Las pequeñas flechas dibujadas sobre los mapas que ofrecen los noticiarios de la televisión siguen indicando la entrada de ese viento ardiente que llega cargado de arena del desierto. Los coches amanecen cubiertos con una rojiza capa de tierra. Esta misma mañana, antes de salir de casa, he tenido que hacerle limpiar al jardinero el mío, porque anoche se me olvidó meterlo en el garaje. Los noticiarios informan de la creación de una Comisión del Calor, a la que se puede acceder telefónicamente en busca de consejo. Los locutores de radio insisten machaconamente en la conveniencia de beber mucha agua, protegerse del sol en las horas en que más inmisericorde cae, cubrirse con sombreros, vestir ropas ligeras de tejidos que faciliten la transpiración, ropa de algodón, de lino; embadurnarse con cremas protectoras las partes del cuerpo expuestas al sol; recomiendan, sobre todo, mantener un estrecho contacto con el agua: beber varios litros de agua cada día, mojarse con agua fría nuca y muñecas. El locutor repite el número telefónico de la Comisión del Calor, precisando que se trata de un número gratuito, un nueve cero dos. Me parece ridículo todo ese parloteo. En Misent, en Xàbia, en Calp, en Benidorm, toda la vida ha hecho calor durante el verano. Pero el locutor y los contertulios que participan en el programa se refieren al progresivo calentamiento de la tierra provocado por la desaparición de la capa de ozono y refuerzan sus afirmaciones aportando datos que invitan al pesimismo: las cada vez más amplias oscilaciones térmicas derriten los hielos de la Antártida, que se quiebran convirtiéndose en flotantes icebergs a la deriva (peligros para la fauna, para la navegación); se funden los glaciares alpinos (amenaza de aludes este próximo invierno sobre las estaciones de esquí suizas), y las nieves del Kilimanjaro han empezado a desaparecer (inevitabilidad de sequía y nuevas hambrunas en el continente negro: los grandes lagos africanos agonizan convertidos en barrizales. El Kilimanjaro, el pico coronado por nieves perpetuas que Hemingway inmortalizó en su obra, apenas guarda pequeñas manchas de hielo. Ya no es blanco el techo de África, ha exclamado con voz vibrante el locutor)[4]. Por lo que se refiere a España (¿cómo nos afecta a nosotros el cambio climático?, pregunta un oyente), los contertulios hablan del modo en que la sequía amenaza con desertizar en pocos decenios al menos un tercio de la península ibérica, incluidos los bordes

[4] Chirbes, *Diarios… 3 y 4,* ob. cit., pág. 194, mencionó esta noticia escuchada «en la tele».

de la carretera por la que en este momento conduzco; desaparecerán las plantaciones de naranjos que crecen por detrás de los chalets[5] y los bloques de apartamentos, y el mar engullirá las primeras líneas de edificaciones. A ti, todo eso te da ya igual, Matías, y a mí me aburre la cháchara. Pulso el botón que sirve para cambiar la radio a la opción CD, y en el interior del coche empieza a sonar música. Quiero relajarme de la tensión que me ha provocado la entrevista con Traian. Asunto resuelto, le he dicho, lo de Collado está resuelto. Ha levantado el vaso y lo ha sostenido un instante señalándome con él. Resuelto. Me ha llamado de buena mañana Sarcós para decírmelo. Mientras se lo cuento a Traian, me siento a disgusto. Salud, ha golpeado el vaso contra la taza de té que yo le he tendido. Ahora, la música me aporta calma, una sensación de irrealidad, somnolencia. Necesito esa calma en un día como hoy. Había pensado reunirme con los responsables de unas cuantas obras desperdigadas en Moraira, en Xàbia, en Altea, algunas de las cuales debían haber concluido antes del verano, y que muy probablemente no se acabarán ni para Navidad. De acuerdo con el programa previsto en mi agenda, tendría que pasarme la jornada prácticamente entera en el interior del coche, pero no me siento con demasiados ánimos. Es muy posible que ni siquiera cumpla con las tres citas que tengo anotadas para esta mañana. Puedo elegir lo que me venga mejor, pararme a mediodía a comer en algún restaurante, picar cualquier cosa en un bar que me pille de paso, o volverme a comer a casa. No dependo de nadie. Yo, conmigo mismo. Me gustan estos días en los que puedo moverme solo, sin chófer, sin acompañantes que se empeñen en darme conversación, ni me fuercen a cumplir un programa. Además, así, a solas, reflexiono mejor sobre las cosas. Yo solo, tarareando la música que me pongo en el CD del coche. Silbándola, siguiéndola con movimientos de cabeza. La música me ayuda a pensar. Pienso en el equipo de arquitectos con los que diseño el proyecto de Benidorm[6], en que tenemos que corregir la posición del restaurante junto a la piscina, porque yo querría algo más formal, más exclusivo, más íntimo, con presencia de la lámina de agua, pero sin bañistas (me imagino lo que querría si comiera con algún cliente, si cenara con Mónica, con una amiga), me gusta mucho que se vea el agua, pero que no se tenga la sensación de

[5] En el *Diccionario del español actual (DEA* en lo sucesivo) se admite el plural afrancesado.

[6] La ciudad de *Benidorm* ha devenido en paradigma por antonomasia del turismo y la especulación inmobiliaria en España. Chirbes, «Desde el estado del bienestar» [1996], en *Mediterráneos,* Madrid, Debate, 1997, pág. 150, aludió al «fenómeno Benidorm».

compartirla con los bañistas, en eso pienso a las diez y diez de la mañana, mientras en algún cuarto que imagino subterráneo, y fríamente iluminado, te visten, te maquillan; pero en eso no quiero pensar ahora; pensaré luego, cuando te tenga enfrente, y también pensaré en ti cuando ya no existas, cuando solo seas humo, y, a pesar de todo, siga sin poder librarme de ti, te tenga conmigo, Matías. Quiera o no quiera, pensaré; lo tendré conmigo[7]. Lo malo es que también ahora se interpone en mis pensamientos, a pesar de que no lo deseo. Estás ahí, tendido, como una transparencia entre mis ojos y los coches que me preceden. Está fuera, pero también dentro. Se vuelve una telaraña que me deja pocos huecos en la cabeza que me permitan seguir pensando. Intento dejarme la cabeza en blanco, pensar s[o]lo[8] en el trabajo del día, en lo que estoy haciendo en este momento, en las luces de frenado del coche de delante, en el acelerón del de atrás, en la cara del tipo de atrás que veo reflejada en el retrovisor. Desde la ventanilla contemplo al paso la playa del Nido ya de buena mañana atestada de bañistas, mientras el coche avanza lentamente, deteniéndose cada pocos metros por culpa del atasco que dificulta el acceso al desvío que se dirige a la autopista. En dirección opuesta, los carriles de entrada a la población aparecen completamente colapsados. A mi izquierda, veo detenidos los coches que pretenden alcanzar el centro urbano. Muchos de ellos llevan las ventanillas abiertas, de las que sobresalen codos y brazos bronceados y sudorosos. Todo refulge al sol, la lámina del mar, las cristaleras de los edificios, el metal de las carrocerías, las pieles de los ocupantes de los coches. Mantengo cerradas las ventanillas para que no se escape el frescor que provoca el suave flujo del aire acondicionado. Como otras veces, metido aquí dentro tengo la sensación de que la música que ha empezado a sonar (Schubert: *The Late Piano Sonatas*. *D*. *958-960*. *Andreas Staier*. *Fortepiano,* dice la carátula del CD) y la agradable temperatura del cubículo me protegen, me dejan al margen del ajetreo del verano. Consigo distraerme con lo que me rodea, con lo que, lentamente, entre frenazo y frenazo, voy dejando atrás. Entre los edificios que se levantan a mi derecha puedo ver las palmeras, el azul del mar, e incluso una delgada línea amarillenta, la playa del Nido. La frecuenté de niño, de adolescente, pero ahora no se me ocurriría poner los pies en

[7] Rubén Bertomeu no logra aplacar su resentimiento hacia el hermano fallecido pese a su mucho dinero, poder e influencia. Casi todos los personajes de Chirbes, con independencia de su posición y clase, son seres abatidos afectiva y emocionalmente.

[8] Adverbio con tilde en el original; se suprime el acento en el resto de los casos para adaptarse a la normativa actual, pero ya no se vuelve a indicar entre corchetes.

ese sitio de aguas dudosamente limpias y siempre atestado de bañistas. Hace muchos años que mi lugar de veraneo es el interior del coche, mi playa del Nido particular, no un nido de ave, cálido; más bien, un nido fresco y húmedo, de reptil que hiberna entre las rocas. Me río con la idea (reptil entre las rocas) mientras me miro la piel de las manos llena de rugosidades y manchas: piel de lagarto, más de saurio que de reptil, pero, en solo un par de segundos, esa ironía se repliega sobre sí misma, y se resuelve en una nueva sacudida de tristeza, de la que también tengo que defenderme: las manos llenas de manchas que ninguna crema borra, los brazos moteados de manchas, piel mortecina que ha iniciado su degradación[9], la cara salpicada de manchas que no limpian las cremas hidratantes, los geles rejuvenecedores que, entre bromas, me aplica Mónica por la noche; los baños en el spa, los baños y masajes al pomelo, a la zanahoria, al vino, al chocolate, al lodo. Pensar en otras cosas, o, mejor, no pensar, vivir el instante agradable en el interior del coche, el aire expandiéndose, el recipiente fresco, acogedor, protegido de la luz metálica de fuera, luz como de aluminio. Nido de reptil. Es verdad que los aires acondicionados, las climatizaciones, dejan ese frío húmedo y particular, ese especial picor en la nariz que uno siente en las cuevas, entre las piedras, frío de sentina, de bodega, de salitrosa mazmorra de castillo situado junto al mar. Pienso calor de horno, y vuelve Matías. Pienso mazmorra, y también vuelve él. Está aquí. Lee en voz alta para que yo lo escuche. Lee las penalidades de Edmundo Dantès encerrado entre piedras frías y húmedas, nido de reptil, mazmorra húmeda, cápsula salitrosa aislada del sol marsellés, su calabozo del Château d'If, desde donde el convicto oye la respiración del mar por detrás de los muros, y ve las manchas blanquecinas que indican cómo se filtra entre las piedras el salitre. Matías me lee en voz alta capítulos de *El Conde de Montecristo* bajo la pérgola de la casa del Pinar. Dice: *Quiero ser la Providencia*, *porque lo más bello y grande que puede hacer un hombre es recompensar y castigar*[10]. Yo tengo quizás dieciocho años, Matías poco más

[9] *piel mortecina:* según L. Bernasocchi y L. de Abiada (2011: 356), *Crematorio* y *Los viejos amigos* son novelas «sobre la muerte, la enfermedad y la (auto)destrucción», asuntos asociados en los textos de Chirbes a la corrupción de los ideales y a la vejez. A juicio de Acebes (2025: 842, n. 923), el personaje de Carlos, *Los viejos amigos,* ob. cit., págs. 188-193, prefigura la redacción de *Crematorio* al expresar la voluntad de escribir una novela «sobre su hermano Andreu, enriquecido como constructor en Valencia».

[10] *Quiero* […] *castigar:* Matías fue como un correlato de *Edmundo Dantès,* protagonista de *El conde de Montecristo,* por su egotismo y propicio azar. El personaje de Alejandro Dumas dirigió las palabras en cursiva —atribuidas a Jesús en conversación con el Diablo— a Gérard de Villefort, responsable último de su prisión en el Castillo de *If (El*

de diez, o no, aún no ha cumplido los diez, tendrá quizás ocho, nueve años, pero lee bien, parándose, entonando las frases para reforzar su sentido: lo más bello y grande que puede hacer un hombre es recompensar y castigar; cambia la entonación, el timbre y el tono de la voz en los diálogos: una voz neutra para el narrador, otras más afectadas para los diferentes personajes. Me dice: Vamos al lado de la balsa y leemos otro capítulo, y en cuanto me dejo caer en la hamaca, él se pone a leer. Dormito distraído, pienso en mis cosas (¿en qué estoy pensando?), la voz aún atiplada de Matías, la música de su voz que me hace pensar. Dicen que lo primero que se olvida de los muertos es la voz, pero yo, si me concentro, puedo oírle la voz de niño, o quizás solo creo que puedo oírsela: Quiero ser la Providencia. Recompensar y castigar. Dieciocho años tendría yo. Aún no había empezado la carrera, o quizás estaba ya en el primer curso de arquitectura, y había vuelto de vacaciones. El aire fresco hacía temblar las hojas de los limoneros, del laurel, de los eucaliptus, un fragor de viento entre las hojas al fondo del jardín: parece resaca de mar, el mar que sorbe las piedras, las frota unas contra otras, las sorbe. Recuerdos: las flores rojizas de la buganvilla, traslúcidas, como hechas con papel de seda; la glicina doblándose por encima de la tapia como una esponjosa ola azul; las carnosas hojas de las plantas del jardín, el brillo del sol, mientras el niño Matías le lee al adolescente Rubén. La mesa está puesta, se oye la voz de la criada, que cae desde lo alto de la terraza de la casa, invisible tras la vegetación, nosotros dos ocultos por el laberinto vegetal, oyendo el sordo fragor del viento y el ruido pesado del chorro de agua fría que extrae el motor y alimenta la balsa, un mundo que ahora es solo mío, de nadie más[11]. Solo yo soy propietario de ese tiempo. Protegido dentro del coche refrigerado, lo guardo. La tintura

---

conde de Montecristo, III, 7 «Ideología») en la bahía de Marsella. Mantengo la combinación del español *Edmundo* y del francés *Dantès* en las otras tres menciones del personaje en *Crematorio,* que evidencian la francofilia de Chirbes (a este respecto, Lenquette, 2024: 14, recuerda la importancia de los meses que el escritor vivió en París durante el año 1968). Líneas después se insinúa que Matías tendió a premiar o recompensar a individuos cercanos y a castigar a los ajenos o en desacuerdo con él sin que mediasen razones para adoptar cualquiera de las decisiones. Chirbes, *Diarios… 5 y 6,* ob. cit., pág. 701, consideró, en diálogo con el personaje de Eugénie Grandet de Balzac, que la providencia es más irónica que trágica.

[11] Rubén Bertomeu evoca el paisaje mediterráneo de su infancia que ha contribuido a arrasar con sus edificaciones. Abadía González (2021: 207) considera que «todos los personajes de *Crematorio* profesan una suerte de sentimiento dual por la tierra que habitan: por un lado, asisten con tristeza a la devastación del entorno e idealizan sobremanera el Misent del pasado; por otro lado, la repudian con todas sus fuerzas y participan en su degradación».

que empaña los cristales de las ventanillas, entre azul y grisácea, acrece la sensación de aislamiento protector. Nadie puede recordar ya el viejo jardín, la voz, la reverberación del sol en la balsa de basalto negro, reluciente, que parecía una enorme flor petrificada, cuatro curvos pétalos de piedra; sobre el agua, planean las avispas, las rojas libélulas, el aire riza el agua; planea también un par de caballitos del diablo[12], verdes y azules, irisados, con destellantes colores eléctricos en el cuerpo, su aleteo una espuma en el aire. La criada llama. Es la hora de comer. Lavaos las manos. Hay jabón de olor en el baño. Matías, quiero que te huelan las manos a Heno de Pravia[13]. Si no, no hay postre, ni merienda. Y que sepas que hay helado de nata en la nevera, y chocolate en la jícara. Es el verano. La mesa está puesta. Nadie puede recordar eso. Solo yo. Y cuando yo no lo recuerde, habrá dejado de existir. Silvia conoce el jardín, la balsa, tendrá otros recuerdos, recuerdos parecidos (las infancias se parecen), pero no este recuerdo, no esa decoración vegetal, esas palabras dichas ese día, en ese lugar, el fondo asmático de la respiración del aire entre los árboles, el fragor de la copa del viejo eucaliptus formando un rugoso telón sonoro. Lo pienso, y me parece un despilfarro: haber vivido y luego dejar de vivir[14]. Haber grabado todo eso en algún lugar y luego cubrirlo para siempre. Cubierto lo que yo veo ahora vibrante de color, lo que escucho, lo que huelo. La música del CD suena muy baja: los dedos del pianista haciendo filigranas casi imperceptibles en el teclado transmiten sentimientos de calma, de lejanía, y la playa repleta de gente, vista desde detrás de los cristales oscuros y filtrada por la invisible cortina de la música, tiene algo de incongruente, una proyección del verano en la pantalla de un cine refrigerado: escenografía, representa-

---

[12] Chirbes prefirió la concordancia gramatical *(planea un par de caballitos del diablo)* a la concordancia *ad sensum* (planean *un par de caballitos…)*, que quizá resulte más coherente.

[13] *Heno de Pravia:* famosa marca de jabón española; estos detalles materiales apuntan el origen, carácter y aspiraciones de los personajes y personas de las novelas y reportajes de Chirbes. Como observa Asins Ferrándiz (2021: 78), en los textos del novelista, «"todo lo material" […] "tiene un soporte ideológico"»; para Jiménez Ramírez (2011: 161), las marcas comerciales identifican a los personajes de *En la lucha final* «no tanto con la clase social a la que pertenecen como a la que desean pertenecer».

[14] Bertomeu expresa la proverbial aflicción de Chirbes por el paso del tiempo y la muerte, que pone fin a la experiencia y el conocimiento acumulado por una persona durante una vida. La queja presenta un cariz económico porque la adquisición de saberes implica un esfuerzo y una inversión de tiempo y de dinero en educación, viajes y bienes materiales: libros, películas, discos… En *En la orilla,* ob. cit., pág. 30, se repite la misma idea: «La vida humana es el mayor derroche económico de la naturaleza: cuando parece que podrías empezar a sacarle provecho a lo que sabes, te mueres».

ción de un calor de otra parte, en cuyo interior se mueve gente vestida de un modo llamativo, casi absurdo, como en una película de cine mudo. Matías me dice: Te leo otro capítulo. Las alas del caballito del diablo se estremecen, vibran, se vuelven zumbido al golpear contra los dedos. Yo sostengo el cuerpecito azulado con dos dedos y las alas son transparentes, seda frágil. Tiemblan, zumban. Deja el batir de las alas solo una leve reverberación. Toma, Matías, lo he cogido para ti, le digo. Le entrego a Matías el cuerpecito verdiazul[15], que se encoge, se dobla, abre su boquita diminuta e intenta morder en el momento en que lo encierra en un bote de cristal, abre y cierra su boquita inocua, aletea con desesperación. Me fijo en los globos luminosos de sus ojos. Se escucha el zumbido de las alas, ahora más seco, porque golpean contra el vidrio del bote en el que Matías lo ha encerrado. Recompensar y castigar, ser la Providencia. El insecto preso en su mazmorra luminosa como Edmundo Dantès en su sórdida celda. ¿Es premio o castigo? Matías: Es premio porque lo he hecho amigo mío. Avanza el verano. De joven me gustaba el verano, el ajetreo con los amigos, de acá para allá, en busca de los sitios con más ambiente, las copas llenas de hielo picado *(frappé,* se decía por entonces; *peppermint frappé,* y un bolero de Lorenzo González; o, después, algunos años más tarde, aún más cursi, le pedíamos al camarero que nos pusiera algo *on the rocks,* en las rocas, un güisqui en las rocas, le pedíamos, y sonaba el twist de Saint-Tropez en la playa, igual que en la película de Gassman), los baños nocturnos, los ligues rápidos y sin compromiso con las primeras turistas que visitaron la comarca antes del boom (cuando el twist de Saint-Tropez, yo estaba ya casado, ya había empezado a construir), los toqueteos y los polvos en el agua, o entre los cañaverales de las dunas por entonces desiertas, en la habitación de algún desangelado hotel: francesas, alemanas que se dejaban tocar sin complejos[16]. De todo eso hace mucho tiempo. Y, sin

---

[15] Neologismo que sigue las reglas de composición del adjetivo verdinegro.

[16] *De joven* […] *complejos:* Bertomeu recuerda la inane y afectada educación sentimental de su generación, cuya juventud coincidió con la llegada de extranjeras a la costa valenciana y con los guateques de los años sesenta en los que se bailaba, comía y bebía. El personaje rememora las bebidas alcohólicas servidas sobre hielo *(on the rocks);* el *peppermint frappé,* como indican los términos, cóctel elaborado con menta y hielo picado; los boleros del venezolano Lorenzo González (1923-¿?), y el *twist* de Saint-Tropez, tema compuesto por Peppino di Capri para *Il sorpasso* (1962), película de Dino Risi, protagonizada por Vittorio *Gassman* y Jean-Louis Trintignant, que impactó a Chirbes desde joven (véase Cienfuegos, 2021: 28). El novelista también mencionó el filme en *La larga marcha,* Barcelona, Anagrama, 4.ª ed. «Compactos», [1996] 2016, pág. 194, y la canción y la película en una entrada de su *Diarios… 5 y 6,* ob. cit., pág. 359, del 20 de

embargo, vuelve a ser verano. La imperceptible espuma de los veranos de entonces, su zumbido, porque, ahora, me paso la vida huyendo del sol, del calor, metido en una malla nodal de cápsulas climatizadas: la oficina, el coche, los restaurantes y cafeterías, la casa en la ladera del Montbroch[17] herméticamente cerrada y refrigerada durante la mayor parte del día (bastante calor paso cada vez que me acerco a visitar las obras); me quedan —eso sí que lo disfruto algunas tardes— los baños en la piscina, una copita de vino blanco frío, algún vermut o, ya solo muy de vez en cuando, un gin-tónic al borde del agua con el cuerpo aún mojado, una toalla sobre los hombros. Las tardes en las que corre la brisa del mar, me amodorro en la tumbona de la terraza, a la sombra, leo revistas de motor, de vela, de viajes; un libro de arte, de arquitectura, o una novela; nada de economía, nada de política; de eso tengo más que de sobra a lo largo del día en la radio, en las conversaciones con socios y clientes. Leo algo ligero y me quedo mirando las palmas de las palmeras moviéndose con la brisa. Disfruto, a medida que cae la tarde, de los olores de hierbas y tierra mojadas por los aspersores; del olor del jazmín, de la dama de noche (galán de noche lo llaman en la comarca), que va haciéndose más intenso en el crepúsculo[18]. La luna, arriba, como un faro, como una rodaja de melón maduro. Le digo a Mónica: ¿Por qué no cenamos algo aquí fuera?, y me espero leyendo a que llegue la ensalada, como le gusta prepararla a ella, añadiéndole unos toques crujientes: un poco de bacon, piñones y almendras fritos. Nada de ir a la ciudad a sentarse en alguna terraza bajo los viejos plátanos de la avenida Orts[19], nada de cenar a la orilla del mar, en algún restaurante con la cristalera abriéndose a los acantilados en estos días en los que todo está repleto de público y en las cocinas se quitan de encima como pueden las comandas, y los camareros tardan lo que no está escrito en traer los platos, y todo es gente ruidosa, voces y música chillona. Eso lo sufro como una obligación en las comidas de trabajo, con socios, con clientes, con proveedores. Ya no soporto las aglomeraciones. Cuando me quejo de ellas, Silvia me toma el pelo: No los desprecies, son tus clientes. Silvia habla en voz baja, su voz tiene el tono sibilante y dañino

---

enero de 2008. Tanto *twist* como *bacon*, palabra empleada líneas después, se aceptan sin cursiva en el *DEA*.

[17] *Montbroch:* el topónimo y la descripción hacen pensar en el Macizo del Montgó, situado en las estribaciones de Denia, al norte de la provincia de Alicante, y mencionado en *Los viejos amigos*, Barcelona, Anagrama, [2003] 2016, 4.ª ed. «Compactos», pág. 12.

[18] García Larisch (2014) destaca la importancia del olfato en *En la orilla*.

[19] *la avenida Orts* se asemeja a una de las principales vías de la ciudad de Denia, la calle Marqués de Campo, sembrada de plataneros.

—ella sí— de un ofidio que se despereza entre las rocas. Desde pequeña ha hablado con esa voz que parece deslizarse a ras de tierra y, al mismo tiempo, amenazarte desde muy arriba. Mi primera mujer tuvo no poco que ver en esa levedad resbaladiza de Silvia, no exactamente por genética (Amparo era de otra pasta, más benevolente, aunque igual de rígida), sino por escuela, por educación; por haberla metido en rigurosos colegios franceses con la excusa de que la enseñanza española era (al fin y al cabo, heredera del franquismo), además de pacata, de pésima calidad. Amparo decía que en las facultades españolas de letras no se había enseñado jamás pensamiento, orden en la mente, solo retórica, variantes de la escolástica, lenguajes redundantes (ella, que había estudiado en la Complutense de Madrid, se consideraba una víctima)[20]. Resultado de aquella estricta educación, que completaron las intervenciones jacobinas de Matías, Silvia habla poco (nada de retórica) y entre susurros; y yo, que soy bastante duro de oído, sobre todo del oído izquierdo (llevo los bafles del coche regulados para que el de la izquierda suene más fuerte), tengo que inclinar la cabeza para escuchar las impertinencias no siempre encubiertas que mi hija me dirige, y poner un gesto concentrado, lo cual me resulta particularmente humillante, porque, al inclinar la cabeza, es como si estuviera dándole la razón de antemano. Papá, pero si tú vives precisamente de llenarnos esto de gente: palabras de Silvia, que se entera de cuándo voy a edificar una nueva promoción, o de si la empresa acaba de comprar otro terreno: Lo vi ayer en el periódico. Bertomeu compra, vende, promociona. Ella lo ve todo en el periódico, lo oye en la radio, en la tienda, en algún sitio, y siempre por casualidad, sin que le interese. Se queja: Misent cada vez se parece más a México deefe[21]. Cemento y escombros por todas partes. Nunca he sabido muy bien si cuando alude a mis promociones lo hace para quejarse de los daños medioambientales que provocan, o para recriminarme lo rico que soy (apunto en la libreta: pasarle otro talón, comprarle el equipo de música a Miriam, recordarle a la secretaria que reserve hoteles y billetes para que se marche con Juan a San Petersburgo en primavera a celebrar su cumpleaños). Miro a mis nietos, a Miriam, a Félix, a mi yerno (Juan, ¿te vas a quedar esta tarde a ver el partido?; la

[20] *Amparo* […] *víctima:* Chirbes rememoró sus estudios de historia contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid con términos parecidos.

[21] *México deefe:* capital de México, renombrada Ciudad de México en 2016; en octubre de 2007, fecha de la primera edición de *Crematorio,* México Distrito Federal (D. F.), como remeda la grafía de la novela en este y otros pasajes posteriores.

pantalla de plasma, 40 pulgadas, extraplana), y pienso que en mi casa nunca se ha gritado —se puede hacer daño sin gritar: mi madre, mi mujer, sobre todo mi madre, lo hicieron—, así que me limito a repetir con voz paciente la lección que llevo intentando que ella se aprenda desde hace treinta años (ahora lo digo para que lo oiga la nieta, para que esa música empiece a taladrarle el cerebro al nieto. A veces lo pienso: antes de jubilarme tener a los nietos trabajando conmigo, verlos llegar cada mañana a la oficina y colgar las chaquetas y bolsos en el perchero). Explico con una voz tranquila, en tono pausado, que los constructores y agentes inmobiliarios no somos los culpables de que media Europa haya elegido la costa mediterránea para pasar las vacaciones, los años de jubilación (los que yo no quiero tomarme: miro de reojo a mi nieta comechicles[22], qué más comerá, qué se meterá en el cuerpo, los ojos enrojecidos, la voz ronca cuando pasa algún mediodía de domingo con nosotros; a mi nieto, muñequito vestido de Spiderman, un pijama verde de moco, antifaz y capa). Me burlo de ella, esperando que los muchachos se enteren de algo, aunque no sea más que del tono, del aire de la canción: En México deefe pocos tienen los treinta y tantos millones de pesetas que hacen hoy falta para comprarse el peor adosado de los que tú llamas de mierda (sigo sin acostumbrarme a hablar en euros, gano euros pero hablo en pesetas). Y aquí, no hace tantos años, la gente se moría de hambre. Yo la he visto. La he visto escarbar, arrancar hierbas en las orillas de los caminos. He visto a los peones llegando a la casa del Pinar para pedir tres pesetas de anticipo, las mujeres llorándole a mi madre, que llamaba a la criada y le decía que les sirviera en la cocina un plato de las patatas que habían sobrado del hervido del día antes, los niños con la cabeza tiñosa untada de tintura de yodo, o de azufre, aplastando las patatas con la cuchara, y añadiéndoles un poco de agua del vaso que la criada les ponía delante, patatas frías regadas con un chorrito de agua fría, ni siquiera aceite. Si estaba en la cocina, me marchaba porque no podía soportar la escena. Dinero ni un céntimo, se lo beben los maridos, decía mi madre. Caridad: ese concepto también ha desaparecido. Ya nadie quiere ni necesita pan, ni aceite, ni siquiera ropita para los niños. Basta echar una mirada a la vida de cada cual para saber cuánto ha cambiado todo esto en unos pocos años: hacer la lista de mis propios coches: dos caballos, simca, peugeot quinientos siete, merce-

[22] *comechicles:* «persona que está en todas partes» *(Diccionario de americanismos),* aunque Bertomeu parece darle un significado literal a la palabra a fin de ilustrar la chabacanería del personaje de Miriam.

des1 de cuarta mano, mercedes2, mercedes3, volvo, bmw1, bmw2[23]. Basta con enumerar los coches que cualquiera ha utilizado en los últimos veinticinco o treinta años, ordenarlos cronológicamente, para saber cómo ha sido de largo el salto, treinta años cambiando todo el mundo cada vez a un coche mejor; y yo, treinta y tantos años discutiendo con los concejales, con los diputados, con el conseller de territorio (tan listo, un lince: orígenes comunes, de joven militó en la extrema izquierda con Matías, yo también aporté cierta colaboración, dinero, eran otros tiempos: las vueltas de la vida), con los propietarios de los terrenos, con los arquitectos, con los encargados de obra, con los pintores, soladores, tabicadores, ferrallas, estucadores, maquinistas, fontaneros, electricistas, jardineros, estilistas y decoradores[24]; presionar para que modifiquen el plan parcial, para que recalifiquen lo que a alguien se le ocurrió mantener como zona rústica o intenta convertir en espacio protegido; influir para que retoquen la volumetría en la zona; obtener la licencia, la cédula de habitabilidad; negociar el tendido con hidroeléctrica, el cableado con telefónica, arrastrarte, pedir favores; aunque la batalla más despiadada es la que se lleva a cabo en los despachos, la guerra de los despachos, se dice así, ¿no?, la más cruenta, esa por la cual, si compras tú, has comprado un terreno no edificable, una parcela rústica, una parcela de uso social, de uso terciario, lo que sea; y si compro yo, mañana por la mañana tengo el permiso firmado por el arquitecto municipal, siete u ocho plantas, un ático ilegal, pero sobre el que el ayuntamiento hace la vista gorda, garajes, locales comerciales. Hay que retroceder centímetros, retranquear, echarse atrás para ganar metros a lo alto: hay que ceder dinero, otra vez el maletín, la bolsa de plástico, una bolsa normal, una mariconera grande, una bolsa de deportes de esas en las que los albañiles llevan la ropa de trabajo[25]. Se lo

---

[23] Como explico en el apartado introductorio, la omisión de mayúsculas y cursivas evidencia la naturalidad con la que los personajes asumen marcas comerciales y extranjerismos como términos corrientes; Chirbes reflejó con ello el materialismo, la globalización y la colonización cultural, anglosajona en la mayoría de los casos, de la realidad actual.

[24] L. Bernasocchi y L. de Abiada (2011: 341) señalan: «Al igual que buena parte de los personajes de las novelas precedentes [de Chirbes], Rubén militó en su juventud en la extrema izquierda y luchó a su manera "contra la dictadura"»; *conseller:* 'consejero' (Bertomeu es el único personaje de *Crematorio* que usa valencianismos); *tabicadores:* neologismo, 'constructores de tabiques'.

[25] *la batalla* […] *trabajo:* las digresiones de Bertomeu tratan de evidenciar el constructo político, social y cultural de la realidad española, europea y mundial de las últimas décadas, que alienta, con sus deseos de medro, lujo y poder, un consumismo a ultranza, sin escrúpulos éticos ni morales. Chirbes se refirió a todo ello en textos ensayísticos

decía a Collado hace años, cuando aún parecía que Collado podía llegar a aprender algo: Es cuestión de tacto, tienes que aprenderlo: aquí, entre grúas que tocan el cielo, plumas, contenedores, camiones-bañera y ruidosas retroexcavadoras, hace falta sigilo; se necesitan ceremoniales, ritos, saber cuándo hay que levantar la voz y cuándo tienes que hablar entre susurros; cuándo tienes que seducir, acariciarle la nuca a alguien, hablarle suavemente al oído, rozándole con los labios la oreja, cogerlo por los riñones, abrazarlo, acariciarle los lomos, medírselos con la palma de la mano, masajeárselos mientras hablas; y tienes que darte cuenta de cuándo toca dejar caer una frase que sabes que se le ajusta al otro entre dos miedos y trabaja como una palanca, como el hielo se mete entre las grietas del granito y acaba haciendo estallar las rocas[26]. Pienso en el negocio como en esas flores retráctiles que se cierran temerosas en cuanto el aire se agita en torno a ellas, avisándolas de la presencia de un insecto. Conocer el lugar exacto por el que pasa el ecuador de las cosas; en qué punto una pizca más de presión quiebra el caparazón[27]. A Collado no se le ha metido nunca eso en la cabeza. Se lo avisé tantas veces: Hay que tener cuidado para que la fuerza no se vuelva contra ti mismo. La fuerza te empuja, pero tú tienes que saber dónde dirigir todo ese impulso para no estrellarte. Cuando tienes mucha fuerza, el golpe es más duro. Te abres la cabeza más fácilmente. A Silvia —al contrario que a Collado— hay que convencerla de que, en la vida, no todo es minué. Para Silvia yo he sido siempre el hilo más frágil, el más fácil de romper. La sombra de Matías cayendo sobre nosotros, sombra entre nosotros, envolviéndonos, oscureciéndonos. Matías, con los ojos enrojecidos, golpea la barra con el vaso, que deja una marca líquida sobre el mármol. Discutimos. Si estuviera ella, le daría la razón. Silvia subía a Benalda para pasarse un domingo entero cocinando, charlando con Matías, re-

---

como «El novelista perplejo» [2001], en *El novelista…,* ob. cit., págs. 13-35, o «La estrategia del boomerang» [2009], en *Por cuenta propia…,* ob. cit., 2010, págs. 11-37.

[26] Bertomeu conoce las conductas, cuitas y deseos de los de abajo —peones, fontaneros, electricistas, carpinteros, personificados por Ramón Collado— y de los de arriba —políticos y empresarios—, por ello, como constatan L. Bernasocchi y L. de Abiada (2011: 311), «sabe moverse con soltura en cada situación».

[27] Las comparaciones vegetales denotan la idea de Chirbes de la realidad humana, donde el hombre es un animal del ecosistema social, tal como explica López Merino (2005: s. p.) a propósito de *La caída de Madrid:* «Estamos ante un fresco de depredadores y presas en plena acción. La sociedad vista como ecosistema en proceso de cambio en el que los individuos de las distintas especies (clases) se encuentran en un proceso dinámico de acciones y reacciones, de ajuste y regulación, con el fin de mantener la pirámide ecológica (es decir, social)».

corriendo los bancales de Matías, mientras que a mi casa acuden ella y los niños de uvas a peras, se sientan rozando solo con la punta del culo las sillas, y, apenas termina la comida, se despiden precipitadamente y se marchan con cualquier excusa. Silvia, Juan y los niños; Silvia y Matías. Mi madre y Matías y Silvia. Silvia, a pesar de que odia a Ernesto, el hijo de Matías, intenta hacer frente común con él, demostrarle que aunque es hija mía, tiene otra sensibilidad de esa que ahora llaman medioambiental. Sin duda, le envidia a Ernesto que sea hijo de Matías y quiere mostrar que, a ella, con Matías también la une un tipo de filiación, llamémosla intelectual, o moral. Aprovecha para meterse conmigo y me dice, mirándome fijamente: Lo que se construye por aquí es tan cutre. No han dejado en el campo ni una de esas viviendas que los arquitectos europeos venían a estudiar por su armonía y funcionalidad (sin ir más lejos, Le Corbusier estudió esas viejas casas mediterráneas. Se lo trajo Sert aquí al lado, a Ibiza, para que viera la casa ibicenca, el *casament,* un modelo canónico de arquitectura popular, muy parecido al que hubo aquí y del que no habéis dejado ni rastro)[28]. Como sabe que Ernesto pasa mucho tiempo en Santander y en el País Vasco, donde el clima impone otras condiciones a la construcción, lo halaga, le explica, buscando su complicidad: Todo esto es cutre. Ahora soy yo el que mira a Ernesto. Estoy convencido de que piensa más como yo que como mi hija. Dice que lo que se hace en Santander y en el País Vasco, al fin y al cabo, no difiere tanto de esto. Tercio: De hacerle caso a Silvia, tenemos la culpa los constructores de la zona de que a alguien, hace cien años, se le ocurriera inventar el hormigón armado, el *concrete* de los yanquis, el *béton* de los franceses, y de que ese material descubriera sus indiscutibles ventajas sobre otros, su capacidad de resistencia, su durabilidad, su excelente precio, su facilidad constructiva. La enciclopedia que tengo en casa explica así las razones de su éxito: Los materiales con los que se fabrica se encuentran por todas partes, al alcance de la mano; es fácil de trabajar, no se necesita especialización; se adapta a las formas más variadas, y su capacidad de resistencia sobrepasa la de la mejor piedra natural. Resiste los entornos corrosivos, y muy particular-

[28] A instancias del arquitecto barcelonés Josep Luis *Sert* (1902-1983), el arquitecto suizo-francés *Le Corbusier* (1887-1965) visitó la isla de *Ibiza* en 1929 para conocer la casa tradicional de los ibicencos; al parecer, las modestas viviendas, adaptadas al medio natural y a las necesidades de los oriundos, fueron uno de los modelos de las famosas construcciones integradas en la naturaleza de Le Corbusier. El *casement* valenciano, similar a la casa ibicenca por sus materiales, funcionalidad y estética, fue sustituido por segundas residencias para turistas desde finales de la década de 1960.

mente la acción marina. Me aburre esta discusión con mi hija. ¿Qué fue, más que hormigón, lo que plantó Le Corbusier en los bucólicos parajes provenzales y en las afueras de Marsella? Esas *villes radieuses* que se inventó. ¿No ha sido el hormigón una bandera del progresismo arquitectónico del último siglo? ¿Qué hizo Niemeyer en Brasilia? Frank Lloyd Wright decía que, después del invento del hormigón armado, uno podía construir un edificio como si fuera una bandeja que se lleva sobre los dedos de la mano, con el brazo extendido. Y proclamaba el inicio de una nueva etapa de libertad[29]. Pues en esa libertad estamos, Silvia. Todo Nueva York es puritito hormigón, *béton*, *concrete,* como quieras llamarlo, y espeso *macadam* en las calzadas, donde no brota ni una brizna de hierba. Tienes razón en que esto es más cutre, pero solo porque es más pobre. Cuestión de diferencias económicas. Nada más. Que a ti te gustan las ciudades más ricas que [e]sta (a mí me gusta, sobre todo, París), [e]se es tu problema, pero no encierra tu actitud ninguna deriva ética, ningún clinamen moral[30]. Lo que ocurre es que te parece poco la ajustada clase media que ha edificado esto. Te sientes preparada para algo mejor. Ese es el problema de viajar desde la más tierna infancia en primera clase con reserva de hotel: ves lo de más arriba y te parece chapucero lo de abajo. No te oigo quejarte de que Manhattan está superpoblado; de que sus calles estén mal embreadas, y las aceras hechas polvo. De que es sucio, ruidoso, y de que, incluso en los barrios más lujosos, registran las bolsas de basura los mendigos a cualquier hora del día, y las ratas se deslizan a decenas sobre sus aceras en cuanto cae la noche. En mi vida he visto tantas ratas juntas como en

---

[29] *Niemeyer* […] *Frank Lloyd Wright:* tres de los arquitectos más destacados del siglo xx, *Le Corbusier* mencionado en la nota anterior, Oscar *Niemeyer* (Río de Janeiro, 1907-1912) y el norteamericano *Frank Lloyd Wright* (1867-1959), recurrieron al hormigón en varios de sus proyectos icónicos: L'Unité d'Habitation (Marsella), la Catedral Metropolitana Nossa Senhora Aparecida (Brasilia) y Fallingwater (Pensilvania).

[30] Silvia no valora la versatilidad y robustez del hormigón, que ha permitido ofrecer viviendas dignas a personas humildes, y que su padre —para el que las condiciones de habitabilidad de una vivienda deben respetarse con independencia de los materiales empleados— utiliza en urbanizaciones costeras. En *De rerum natura,* Lucrecio se valió del término latino *clinamen* para traducir el griego *parénklisis,* usado por Epicuro (véase la nota 485); Chirbes admiró a los dos autores por anticipar una concepción materialista del mundo (Traver Vera, 2016, constata la influencia de Lucrecio en otros lugares de *Crematorio)*. El personaje pintor de *Paris-Austerlitz,* Barcelona, Anagrama, [2016] 2018, 1.ª ed. «Compactos», pág. 84, cita directamente a Lucrecio: «Lo dice Lucrecio: Los amantes quieren comerse el uno al otro. Lo creen posible. Enloquecen». Se suprimen las tildes en *éste*, *ése* y en el resto de los pronombres demostrativos del original, pero ya no se vuelve a constatar entre corchetes.

Nueva York. Y eso te parece excitante. Vas, vienes y cuentas a todo el mundo que has estado allí, que has visto, que te has comprado. Y esos días te doy la razón. No discutimos. Jünger, el escritor alemán, decía que estaba especialmente sensibilizado contra la arquitectura de hormigón (odiaba los búnkers[31], las casamatas) y, por eso, le parecía normal que la peor depresión de su vida lo hubiera asaltado precisamente en Nueva York. No en Ucrania, o en el Cáucaso, donde, durante la guerra, presenció todas aquellas marranadas, incluido el canibalismo[32]. No comparto su opinión, pero, al menos, me parece consecuente. Si odias el hormigón, odias Nueva York sobre todas las cosas. Pero ¿a quién le parece mal un loft[33] en Madison Avenue? Fui yo quien te llevó por vez primera a esa ciudad, donde, a pesar de las colas que tuvimos que hacer para subir al Empire State, intenté que te enteraras de que estábamos en el centro del mundo. Hoy, para llevarte al centro del mundo, tendríamos que ir a Shanghai, a Tokio, a Singapur, o a ese Hong Kong que también le puso los pelos de punta a Jünger *(totum revolutum,* lo llamó[34]. La ciudad que más le gustaba del mundo era París, ahí sí que estoy de acuerdo con el viejo fascista). Claro que cuando visitamos juntos Nueva York, eras demasiado jovencita. Durante ese viaje te pasaste el tiempo queriendo volver a Misent. Te habrías echado un novio, o tenías alguna cita con las amigas. Ernesto sonreía complaciente. Creo que estaba contento de ver a Silvia castigada. Ya digo que nunca se han llevado bien. Volví a mirarlo fijamente mientras le decía: Me aburre explicarle a Silvia que el mundo es el que es. Decirle: Toma la foto y mira. Así es el mundo. Vale, ya está, tengamos la fiesta en paz, conformémonos con lo que nos ha tocado, que no es poco. Vuestro abuelo decía que esto era lo más parecido al paraíso que había conocido. Viajó de joven, llegó hasta Buenos Aires —una confusa aventura juvenil de la

---

[31] La norma actual recomienda búnkeres.

[32] Entre septiembre de 2006 y mayo de 2008, Chirbes leyó entusiasmado las obras del alemán Ernst Jünger (1895-1998); en octubre de 2006, coincidiendo con el proceso final de redacción de *Crematorio,* anotó en sus *Diarios…,* ob. cit., 2022, pág. 579: «En *Radiaciones II, 21 de marzo de 1943*, Jünger habla de canibalismo en la campaña del este de Europa (gente que trafica con carne humana) […]. Cuenta que algunos soldados *llevaban en su mochila testículos con fines de trueque, para cambiarlos por cigarrillos».* La noción se repite en *En la orilla,* ob. cit., pág. 252: «EL CANÍBAL SE COMIÓ LOS TESTÍCULOS».

[33] En el *DEA* se admite el anglicismo sin cursiva.

[34] En 1993, Chirbes dedicó sendos reportajes a *Shanghái* y *Hong Kong* en la revista *Sobremesa,* a las que también se refiere el personaje de Pedro Vidal en *Los viejos amigos,* ob. cit., pág. 75.

que nos habló poco, plantar naranjos en Argentina, como los colonos de aquella Nueva Valencia de Blasco Ibáñez[35], algo de eso—, y de mayor decidió no dar un paso fuera de la comarca, se encerró en la casa del Pinar, con su música, con sus discos. Paseaba por estos campos de naranjos, se juntaba con sus amigos a pescar. Yo no me atrevería a decirte tanto. Solo que esto no es de lo peor que conozco. ¿Por qué barrios del deefe te llevaron, Silvia, para que me lo compares con esto? Es verdad que tenemos ya bandas violentas y secuestros [exprés][36], pero ¿no viste todas esas decenas de kilómetros de villas miseria?, ¿dónde tenemos algo que se parezca a eso? Si nuestro problema es precisamente que todo el mundo quiere tener un piso más lujoso que el que tiene, y una segunda residencia en algún sitio privilegiado desde la que se vea el mar o algún picacho cubierto de nieve. Ernesto propuso un brindis por su inminente viaje que, además de a Nueva York, iba a llevarlo también a visitar México (ese viaje era el que había dado pie para el inicio de la discusión). Me acordaré de vosotros, dijo, cuando suba al Empire State me acordaré del tío Rubén, el rey del *béton;* y cuando camine por el puente de Brooklyn, que tantas veces veréis en el cine y en las series de televisión, tendré un recuerdo para vosotros (ponía voz de pedagogo bondadoso dirigiéndose a Félix y a Miriam); y cuando vea, desde el barquito, la Estatua de la Libertad, puro metal de fundición, me tomaré un trago de coca-cola fría a la salud de Silvia[37]. Chin, chin, prima. Suena el vidrio de las copas. Silvia no puede contener su rabia. ¿Te va a dar tiempo a ver todo eso?, le dice. Sabe que Ernesto se ha trazado un plan demasiado ambicioso y que apenas podrá poner el pie en todas las ciudades que tiene previsto visitar. Me callo, pero pienso con tristeza: He hecho para ti el mejor mundo que sabía hacer, y no puedo hacerte otro, palomita. No sabría cómo hacerlo. Para mí lo quisiera, pero no lo encuentro[38]. No lo

---

[35] El autor valenciano Vicente *Blasco Ibáñez* (1867-1928) fundó, en 1912, la colonia de *Nueva Valencia* en la provincia de Corrientes (Argentina). Como otros escritores y críticos, Chirbes rechazó una parte de la obra de Blasco por excesiva y cosmopolita, pero apreció novelas como *Arroz y tartana* (1894), evocada con deleite en el reportaje de 1996 en *Sobremesa,* «Mercado central. El pulso de Valencia», *La catedral* (1903), *El intruso* (1904) o *La bodega* (1905).

[36] *Express* en el original.

[37] Como explico en la introducción de este volumen, la ausencia de mayúsculas en marcas comerciales como *Coca-Cola* y de cursivas en extranjerismos puede ilustrar el modo en que los personajes han interiorizado el capitalismo y la colonización cultural anglosajona.

[38] Eco del soneto de Quevedo, «A Roma sepultada en sus ruinas», que Silvia aduce en la pág. 181.

hay. Sí, llamarla palomita como llaman a sus hijas, a sus novias, los protagonistas de las novelas de Dostoievski, de las obras de teatro de Chéjov, llamarla con alguno de esos nombres cariñosos que ponen los escritores rusos en boca de sus personajes. En *El jardín de los cerezos,* un personaje llama a su enamorada pepinillo mío[39]. Me gusta. Llamarla con esas palabras que dan tanta ternura y tanta pena a la vez, decirle: Lechuguita, soy tu padre, no el dios padre. He hecho planos, pero los de este mundo no me los encargaron a mí. Te he metido en la bañera de pequeña, te he puesto y quitado el chupete. Te he puesto y quitado los pañales que rebosaban de pasta blanda y maloliente. Esto y aquello. Lo de siempre, lo de todas partes, lo de todos los padres desde hace una eternidad. Es el mundo, tan grande y tan pequeño a la vez, tan diferente y tan jodidamente igual. La vida. Ahora, mientras avanzo lentamente, metido en la fila de coches, pienso en esas cosas y noto que me asciende por el cuerpo una oleada cálida, sentimental. Silvia, lechuguita mía: imagino que mi lechuguita es tierna, crujiente; que, al morderla, destila entre mis dientes un agua inocente y limpia. Nunca he podido decirle nada así a Silvia. Jamás. Ni a la madre de Silvia tampoco. A Amparo me costaba trabajo hasta decirle en la intimidad de la habitación que quería joder con ella, metérsela. Tenía que ir siempre con rodeos; vamos a echarnos un rato, ven que te bese: no decirle lo que te apetece de verdad, no decirle te la voy a meter entera. Te la voy a clavar así y asá. Ni siquiera eso con tu mujer, ¿qué coño de matrimonio es ese? ¿Cómo podía nadie extrañarse de que buscara uno fuera?, ¿que uno se buscara a alguien fuera de casa a quien decirle lo que un hombre necesita decir? La sensación de que lo has alcanzado todo, dicho todo, tocado todo. El sexo también tiene su parte hablada[40]. Para poder sentir eso

---

[39] Para Rebreyend (2017: 354), los apelativos cariñosos demuestran el deseo de Rubén Bertomeu de romper con los envarados y frígidos códigos lingüísticos y emocionales de la clase burguesa, que el escritor ruso Antón Chéjov (1864-1904) satirizó en su obra: «El [autor,] referente literario del realismo ruso de finales del siglo XIX[,] reivindica los excesos apasionados de los personajes [y] la exacerbación del sentimiento en palabras y acciones» (al igual que en la introducción, todas las traducciones de la anotación son nuestras). Los valencianismos usados por el personaje también lo desmarcan de la diglosia de su elitista familia: «se pertenece fatídicamente a la lengua y a la clase. La lengua delata, como delatan los modales y hasta los rasgos físicos» (Chirbes, *Diarios… 3 y 4,* ob. cit., pág. 328).

[40] La crítica y el propio Chirbes han destacado las similitudes entre Rubén Bertomeu y Carlos Císcar, protagonista de *Los disparos del cazador,* por sus negocios inmobiliarios y cinismo, pero también comparten el resentimiento de sus hijos, el adulterio y la incapacidad de mantener relaciones sexuales plenas con sus aristocráticas y mojigatas esposas: «[Carlos] Era la primera vez que bebía de un sexo: con las prostitutas siempre

en casa, he tenido que esperar a que entrara por la puerta Mónica, pero ahora ya es más bien tarde. Ahora tienen más contundencia las palabras que la carne y se compadecen solo a medias las unas con la otra, hay un desequilibrio que da cierto pudor expresar. Mirarla, acariciarla. Sentir que de tantas ganas como tienes de follar, tienes ganas de llorar. Le digo a Silvia: A mí también me gustó Notre Dame du Haut, en Ronchamp, cuando la visité con tu madre, pero llegué tarde para construirla (hablarle del último viaje que hice con su madre. Intentar conmover a mi hija colándole de matute esos recuerdos). En mi tiempo, ya no se hacían esas cosas. O yo no serví para hacerlas. O no pude[41]. Fue menos fácil de lo que te imaginas. Te diga lo que te diga tu tío Matías (Ernesto aguza el oído, Silvia no me quiere; Ernesto y yo no queremos a Matías: ni él quiere a su padre, ni yo a mi hermano, así es la vida: asimetrías), también el capitalismo exige su ración de héroes, de mártires, a los que, además, condena al silencio. Al contrario de lo que ocurre en el ritual cristiano, los mártires del capitalismo son el ejemplo que no hay que imitar. Los fracasados, los que quiebran, dejan acreedores, impagados, deudas. El capitalismo convierte a sus mártires en proscritos[42]. Un día

---

había sentido asco y a Eva [su mujer] no me había atrevido a pedírselo nunca» (Chirbes, *Los disparos del cazador,* Barcelona, Anagrama, 1994, pág. 44). En otras novelas, y especialmente en sus *Diarios*, Chirbes tendió a considerar el sexo como algo nefando.

[41] *Notre Dame du Haut:* la capilla, de hormigón y mampostería proyectada por Le Corbusier a base de líneas rectas y con numerosos ventanucos, fue construida entre 1950 y 1955. Bertomeu querría haberla construido, pero su realidad y mundo fueron otros y no pudo o no fue capaz de realizar proyectos de ese tipo, igual que no pudo disfrutar del sexo con Amparo. Ahora podría gozar con Mónica mucho más de lo que lo hizo con su primera mujer, pero su deseo se expresa más con palabras que con actos, debido a las limitaciones físicas de la edad.

[42] A diferencia del cristianismo, que celebra y reverencia a quienes se inmolan, aunque no cumplan sus objetivos, el capitalismo reniega de quienes fracasan en su empeño de hacerse ricos. En las novelas de Chirbes, muchas relaciones familiares se reducen a meras transacciones dinerarias, que niegan la visión unida y fraterna fomentada por el catolicismo y la burguesía biempensante. Para Díaz Ventas (2020: 61), la reflexión en torno al capitalismo y sus mártires es el «embrión del personaje» de Esteban en *En la orilla*, cuyo nombre remite al protomártir del cristianismo (san Esteban); Chirbes estaría resignificando «las connotaciones religiosas [para] adaptarlas al nuevo credo de los tiempos modernos: el capitalismo [y el dinero]». Orsini-Saillet (2025: 251) juzga el suicidio de Esteban como un acto de resistencia por parte del personaje, «un artesano que no supo o no pudo resistir al capitalismo e intenta hacerlo decidiendo su muerte», una «víctima de los espejismos neoliberales [obligado] a renunciar al sueño último —tener algo propio, aunque solo sea una casita en el monte—, [es decir,] a la posibilidad de vivir de forma autónoma y no bajo la autoridad del padre». El personaje de Demetrio Rull, *Los viejos amigos*, ob. cit., pág. 38, apunta otra noción al respecto: «[…] héroe es quien acude armado a defender una idea; mártir quien se ofrece voluntariamente […]».

se lo dije: Tu marido, tan interesado por la literatura realista, por la novela social, tiene ahí un buen tema: burguesía mártir en Misent, gente que desapareció del mapa, que se arruinó con el juego, con las putas, con la droga; que viven escondidos en Brasil, en Argentina; que se pegaron un tiro en la sien o se ahorcaron porque no podían librarse de los acreedores. Los mártires del capital caen en un oscuro pozo de silencio. Debería prestarle atención a ese tema, animarse él mismo a escribir de una vez una novela, en vez de rastrear novelas obreras que escribieron otros hace decenios. La clase obrera ya no es protagonista de nada, ni sujeto de la historia. Ni siquiera es. Ha muerto. Además, aquí, en la comarca, obreros ha habido más bien pocos. Se pasó demasiado deprisa del campesinado miserable al empresariado modesto. La mayoría de los padres de los empresarios de Misent fueron campesinos pobres, arrieros, pastores; muchos de ellos, incluso inmigrantes: sagaces recién llegados que supieron explotar a los familiares que se trajeron consigo desde el sur, o desde la meseta[43]. Juan asentía, me daba la razón. Pero no sé por qué le doy vueltas a estas cosas, son tan aburridas como las de esos locutores que hablan del tiempo. Olvidarme un rato de todos, volver a mí mismo. Aún suena el piano. Andreas Staier, etc. Durante un momento he dejado de oírlo. He dejado de oír la música. Ha seguido sonando el CD, pero yo estaba distraído, escuchaba el ruido de dentro de mi cabeza (los paisajes tienen su fondo sonoro, decía mi padre, yo aprendí la música de los paisajes con mi padre; las ciudades, los puertos, las cordilleras, cada lugar su música, pero desde hace un rato en mi cabeza no suenan más que voces que se atropellan unas a otras). Ahora escucho el piano otra vez, y el claxon que hace sonar alguien a mis espaldas. El mar destella bajo el sol, que levanta una sábana de acero fundido por encima del agua, la calima difuminándolo todo como si el paisaje formara una única masa pegajosa. Los coches reflejan ese brillo metálico en sus carrocerías. Relampaguean las lunas del parabrisas, las lunetas laterales, los espejos retrovisores, destellos de un fuego blanco, chispas blancas, acero al blanco vivo, relámpagos de una tormenta seca (el piano de Staier). El fuego de horno y el atasco. Menos mal que en el primer semáforo torceré a la derecha y probablemente empezaré a alejarme del barullo. Cambio a la opción radio para escuchar voces humanas que me distraigan. Aprieto el botón que hay junto al volante y el

[43] Se alude a quienes consiguieron un trabajo asalariado en la ciudad y abominaron de sus orígenes y ocupaciones rurales. Chirbes deploró el desclasamiento de las capas bajas y su aceptación del pensamiento y la mentalidad burgueses, que refrena cualquier alternativa al sistema de clases capitalista.

pianista para en seco de tocar. Como si le hubieran cortado las manos de un golpe[44]. La locutora da las noticias. Subo el volumen. Cada vez estoy más sordo. Me cuesta descifrar las palabras de los locutores de radio, que dicen lo de todos los días: atentado con coche bomba contra un cuartel de Bagdad, llegada masiva de [cayucos] con emigrantes (este año llaman [cayucos][45] a lo que el año anterior llamaban pateras, modas de periodistas, como lo del cambio climático), más de un millar de subsaharianos desembarcan en las playas de Canarias en solo tres días, aprovechando la bonanza del Atlántico durante el verano. Al entrar en el espacio de noticias locales, cuenta que ha ardido un Toyota Corolla en las cercanías de la ciudad, a pocos metros del aparcamiento de un local de copas en el kilómetro no sé cuántos de la nacional 332. Tuvieron que intervenir los bomberos. Minutos antes, alguien había conseguido sacar del interior del vehículo a un individuo que respondía a las iniciales R.C.V., y que había sido trasladado al hospital de Misent con quemaduras de pronóstico reservado. La policía en estos momentos investiga las causas del incendio, sigue diciendo la locutora, mientras yo me digo que Sarcós sigue siendo igual de bruto que siempre[46]. Mañana hablaré con él para que me cuente cómo ha hecho las cosas, y también tendré que llamar a Collado. Decirle al herido: Qué te ha pasado, en qué lío te has vuelto a meter, hijo mío. Qué te han hecho, quién ha sido, no tendrá nada que ver con lo que querías contarme cuando me llamaste el otro día. Qué manera de meterte en líos. Espero que escarmientes. Llámame la semana que viene. Si te va mal a lo mejor yo puedo conseguirte algo. Volver a hablarle como un padre habla a su hijo.

---

[44] Se critica de pasada la industrializada y deshumanizada civilización actual surgida de la Segunda Revolución Industrial y el progreso sin límites del capitalismo.

[45] *kayucos* en el original.

[46] Como se comenta en la introducción, Bertomeu supone que Ramón Collado está en el hospital por haber encargado a Eladio Sarcós que lo amedrentara a fin de que no revelase sus turbios inicios como empresario, pero la violencia de la acción y el intento de huida de Collado con Irina, una prostituta rusa, a cargo de Traian, de la que se ha prendado, hacen sospechar que el atentado es obra de Traian y de Nikolái, uno de sus ayudantes.